

ha sido, lo que es y lo que será. Erda te predice un peligro que te amenaza. Mis entrañas dieron á luz tres hijas. Lo que veo te lo dicen ellas cada noche. Pero hoy un gran peligro me trae aquí: ¡joye! cuanto es, tiene fin; un día triste amanece para los dioses: suelta el anillo; ¡te lo aconsejo! (Se hunde hasta el pecho, y el resplandor azul empieza á obscurecer).

WOTAN.—¡Detente! tu voz me pareció misteriosa: ¡espera, dime algo más!

ERDA (desapareciendo).—Te advertí el peligro y esto te basta: te amenazan cuidados y angustias.

(Desaparece del todo).

WOTAN.—¿He de temer algo y vivir con zozobra? ¡voy á retenerte para saberlo todo!

(Se dispone á entrar en la cueva para coger á Erda, pero Donner, Froh y Fricka le detienen).

FRICKA.—¿Qué intentas, desdichado?

FROH.—¡Detente, Wotan! ¡respétala y atiende á sus palabras!

DONNER.—¿Habéis oído! gigantes: ¡atrás y aguardad! se os dará el oro.

FREIA.—¿Puedo esperarlo? ¿juzgáis á Freia digna del rescate?

(Todos miran ansiosos á Wotan).

WOTAN (que estaba sumido en sus propios pensamientos, hace un supremo esfuerzo para tomar una resolución).—¡Con nosotros, Freia! ¡estás rescatada! ¡devuélvenos nuestra perdida juventud! ¡Tomad, gigantes, ahí tenéis vuestro anillo!

(Arroja el anillo al montón.—Los gigantes sueltan á Freia; ésta, llena de alegría, se dirige á los dioses, que la colman de caricias.—Fafner extiende un enorme saco para recoger todo el montón).

FASOLT (arrojándose sobre el hermano).—¡Detente, egoísta! ¡á cada cual su parte!

FAFNER.—¡Más que el oro te gustó Freia! bastante trabajo me costó el hacerte mudar de opinión; tú te hubieras quedado á Freia para ti sólo;

¡repartiré el tesoro, pero me quedaré con la parte mayor!

FASOLT.—¡Miserable! ¿á mí tal injuria? (Dirigiéndose á los dioses.) A vosotros acudo para que seáis los jueces; ¡repartidnos el tesoro!

(Wotan les vuelve la espalda en señal de desprecio).

LOGE.—¡Déjale con todo el montón y quédate el anillo!

FASOLT (se arroja sobre Fafner que en tanto ha empacotado una gran cantidad).—¡Atrás, usureiro! la sortija es mía; ¡se me dió por la mirada de Freia!

(Echa mano al anillo).

FAFNER.—¡Quita allá, el anillo es mío!

(Luchan; Fasolt arranca á Fafner el anillo).

FASOLT.—Ya lo tengo; ¡mío es!

FAFNER.—¡Guárdalo bien, no lo sueltes! (Da á Fasolt un golpe terrible con su estaca y lo tiende al suelo agonizando. En seguida le quita el anillo.) Ahora acecha las miradas de Freia... lo que es el anillo ya no lo ves más.

(Mete el anillo en el saco y acaba luego de empacotarlo todo con gran calma.—Todos los dioses se quedan asombrados. Sigue un largo intervalo de silencio sepulcral).

WOTAN.—¡Cuán terrible se me representa ahora la fuerza de la maldición!

LOGE.—¿Hay algo, Wotan, que pueda compararse con tu suerte? Mucho te conquistó el anillo, y el haberte visto obligado á cederlo te ha dado aún mucho más; mira: tus propios enemigos se destruyen con el oro que les diste.

WOTAN (profundamente conmovido).—De mí se apodera profundo temor; miedo y ansia fatal me roban los sentidos; Erda me enseñará á evitar la desgracia: he de bajar á buscarla.)

FRICKA (se acerca á Wotan con cariño).—¿Por qué piensas en alejarte, Wotan? ¿No te atrae halagüeño aquel hermoso castillo que sólo espera

con impaciencia la llegada de su señor, para acogerle como á su predilecto huésped?

WOTAN.—¡A caro precio pagué el edificio!

DONNER (señalando hacia el fondo que aun está cubierto de espesa neblina).—Esos sofocantes vapores suspensos en el aire me molestan; reuniré las pálidas nubes formando de ellas una tempestad de rayos y truenos para que después de la tormenta luzca claro y en calma el cielo. (Ha subido á una roca elevada en la vertiente que va á parar á la llanura y alza su martillo.) ¡Hola! Vapores y nubes, venid á mí; Donner, vuestro señor, os lo manda. ¡Obedeced á la voz de este martillo! Nubes cargadas de vapores, reuníos, Donner os lo ordena. (Las nubes se han reunido á su alrededor de modo que va desapareciendo completamente en un nubarrón que se ennegrece cada vez más. Oyese, luego, un golpe seco producido por el choque de su martillo contra las rocas; brota el rayo de la nube y acto seguido retumba el cóncavo són del trueno.) ¡Hermano, vente conmigo! ¡Enséñale el camino que conduce al puente!

(Froh ha desaparecido en la nube. De pronto se desvanece ésta; Donner y Froh reaparecen; delante de ellos se extiende, sobre el valle hasta el castillo, un arco iris que iluminado ahora por el crepúsculo vespertino, brilla con vívido esplendor.—Fafner, que al fin ha concluido de llenar el saco, junto al cadáver de su hermano, ha desaparecido, cargando su fortuna en hombros, mientras Donner regia la tempestad).

FROH.—Al castillo conduce este puente ligero, pero firme. Pasad por él sin temor.

WOTAN (extasiado contemplando el castillo). — ¡Qué hermoso reluce el alcázar bajo la mirada del sol poniente! ¡A la luz del crepúsculo matutino, brillaba tentador y sin dueño, mientras yo admirado lo contemplaba! Cara nos sale su conquista; desde la mañana hasta la tarde, ¡cuántas angustias y cuántos pesares hemos pasado por él!

La noche se acerca: él nos protegerá de su envidia. ¡Así pues, libre de zozobras y temores, yo te saludo, alcázar mío! (A Fricka.) ¡Sígueme, esposa, vamos á vivir en nuestro Walhalla!

FRICKA.—¿Qué significa esa palabra? En mi vida la oí pronunciar.

WOTAN.—Cuando lo que inventó mi valor dominando al miedo, lo veas realizado ante tus ojos, entonces la comprenderás.

(Wotan y Fricka se dirigen al puente: Froh y Freia los siguen, y tras ellos Donner).

LOGE (permaneciendo en el proscenio y mirando á los dioses).—¡Cómo corren hacia su fin, los que tan fuertes se creían! ¡Casi me avergüenzo de tener algo que ver con los tales! De buena gana me volvería á convertir en ardiente llama para destruirlos en vez de perderme con ellos. ¡Y aunque fuesen los dioses más divinos, no me parece mala la idea; lo pensaré bien: ¡veremos!

(Corre para juntarse, con aire de desprecio, á los dioses. En lo más hondo suena el canto de las tres ninfas del Rhin).

LAS TRES NINFAS DEL RHIN.—¡Oro del Rhin! ¡oro purísimo! ¡por ti gemimos, por ti que con tanto cariño y con tan suave brillo nos iluminabas! ¡Oh! ¡devolvédnoslo, dadnos el oro puro!

WOTAN (al ir á poner el pie en el puente, se detiene volviendo el rostro).—¿Qué quejas escucho?

LOGE.—Son las hijas del Rhin que lamentan el robo del oro.

WOTAN.—¡Pícaro maldito! ¡Hazlas callar!

LOGE (gritando hacia la profundidad del valle). —Vosotras, hijas del agua, escuchad lo que os dice Wotan. Ya que no os ilumina el brillo del oro, regocijáos con el nuevo esplendor de los dioses.

(Los dioses se rien y pasan el puente).

LAS NINFAS DEL RHIN (desde el fondo).—¡Oro del Rhin, oro puro! ¡Oh, si aun brillases con tu esplendor en el fondo de las aguas! Sólo en el fondo de las aguas hay sinceridad y franqueza; lo de allí arriba todo es cobardía y fingimiento.  
(Los dioses han atravesado el puente. Cae el telón).



## EL ANILLO DEL NIBELUNGO

PRIMERA PARTE

LA WALKIRIA

PERSONAJES

SEGISMUNDO.  
HUNDING.  
WOTAN.  
SIGELINDA.  
BRUNILDA.  
FRICKA.  
Ocho walkirias.



ACTO PRIMERO

Interior de una habitación.—En el centro, el tronco de un fresno colosal, cuyas elevadas raíces se pierden en el suelo; á la altura de las ramas, hay un techo de madera que cubre el flotante ramaje. Alrededor del tronco se ha construído una habitación; las paredes son de madera sin pulimento alguno, y revestidas de esteras. En el proscenio, á la derecha, se halla el hogar cuya chimenea atraviesa el techo: detrás del hogar hay un cuarto, parecido á una despensa, al cual se sube mediante un par de escalones: una estera sirve de puerta. En el fondo, una puerta de entrada con un sencillo cerrojo de madera. A la izquierda, otra que conduce á un cuarto interior al que se sube también por unos cuantos escalones; en el mismo sitio, pero más hacia el proscenio, una mesa; á la derecha, un banco adherido á la pared; á la izquierda, algunos taburetes.—La orquesta empieza con una introducción muy viva y arrebatada. Al levantarse el telón, entra Segismundo, abriendo precipitadamente la puerta de entrada: anochece; va cesando la tempestad.—Segismundo se detiene un momento sin soltar el cerrojo y mira en torno suyo; parece estar rendido de cansancio y su traje y su aspecto indican que viene huyendo. No viendo á nadie, cierra tras de sí la puerta, se dirige al hogar y se echa sobre una piel de oso.

SEGISMUNDO.—Sea de quien fuere este hogar, aquí descansaré.

(Se echa en el suelo y permanece algunos instantes sin moverse. Sigelinda entra por la puerta del cuarto in-

terior creyendo que ha vuelto su marido, y manifiesta su sorpresa al ver tendido á un extraño).

SIGELINDA (desde el fondo).—¡Un hombre! Voy á interrogarle. (Se le acerca tranquilamente algunos pasos más). ¿Quién entró en casa y se tendió junto al hogar? (Como Segismundo no se mueve, se adelanta unos pasos más y le observa). Cansado está de las fatigas del camino; ¿se habrá desmayado? ¿estará enfermo? (Se inclina hacia él). Todavía respira; sólo cerró los ojos; animoso parece, aunque rendido de fatiga.

SEGISMUNDO (levantando de pronto la cabeza).— ¡Agua! ¡una fuente!

SIGELINDA.—¡Voy á traerte el alivio que pides! (Coge un cuerno, sale de la casa y lo vuelve á traer lleno, ofreciéndoselo á Segismundo). Toma; ahí tienes agua con que apagar tu sed.

(Segismundo bebe y le devuelve el cuerno. Después de haber movido la cabeza dando las gracias, fija, con creciente interés, su mirada en las facciones de Sigelinda).

SEGISMUNDO.—Mucho me ha aliviado el agua, de las penas del cansancio; animó mi espíritu abatido y dió á mis ojos el delicioso placer de la mirada. ¿A quién debo tan singular beneficio?

SIGELINDA.—Esta es la casa de Hunding, y yo soy su mujer; su dueño te ofrece con gusto hospitalidad; ¡quédate aquí hasta que vuelva!

SEGISMUNDO.—Voy desarmado: al huésped herido no ha de negarla tu esposa.

SIGELINDA (angustiada).—¡Muéstrame tus heridas!

SEGISMUNDO (haciendo un gesto de indiferencia se sienta con ademán violento).—Son leves y no merecen que hablemos de ellas; aún conservo mi vigor. Si lanza y escudo hubiesen resistido la mitad que mi brazo, nunca hubiera vuelto la espalda al enemigo; pero me los destrozaron. Un tropel de adversarios quiso darme caza, me rendía la fuerza de la tempestad; pero más veloz que

yo de mis perseguidores, huyó de mí el cansancio; sobre mis párpados se posó la noche y ahora luce de nuevo el sol.

SIGELINDA (le ofrece un cuerno lleno de agua-miel).—Acepta esta dulce bebida.

SEGISMUNDO.—Toma tú antes un sorbo para que me sepa mejor.

(Sigelinda toma un sorbo y se lo da; Segismundo bebe luego; le devuelve el vaso. Los dos se miran con ternura por algunos momentos).

SEGISMUNDO (con voz temblorosa).—Diste de beber á un infortunado. ¡Dios aleje de ti la desgracia! (Se levanta). He descansado lo bastante; he de proseguir mi camino.

SIGELINDA (volviéndose de pronto).—¿Quién te persigue que ya te quieres ir?

SEGISMUNDO (atraído por sus palabras, se vuelve lentamente y melancólico).—¡La desgracia! la desgracia que me acompaña y me rodea donde quiera que voy. ¡Dios la aleje de ti! He de irme. (Se dirige apresuradamente á la puerta y levanta el pestillo).

SIGELINDA (olvidada de sí misma, le llama). — ¡Aguarda; ven! no has de traerla aquí donde mora tiempo há.

SEGISMUNDO (se detiene conmovido y examina atentamente á Sigelinda, que avergonzada y triste baja los ojos. Largo silencio. Segismundo vuelve atrás y se reclina en el hogar).—Esperaré á Hunding.

(Sigelinda sigue callada; de pronto se anima, escucha, y oye á Hunding que lleva el caballo á la cuadra; se dirige veloz á la puerta y la abre. Hunding, armado de lanza y escudo, entra y se para en la puerta al reparar en Segismundo).

SIGELINDA (contestando á la severa mirada de Hunding).—Cansado y yaciendo junto al hogar encontré á este hombre. La necesidad le trae á casa.

HUNDING.—¿Le diste de beber?

SIGELINDA.—He pagado su sed y le prodigué los cuidados de la hospitalidad.

SEGISMUNDO (mirando fija y tranquilamente á Hunding).—Le debo casa y bebida; ¿quieres reprenderla por eso?

HUNDING.—Sagrada es para todos mi casa; séalo también para ti. (A Sigelinda, dejando las armas y dándoselas.) Dispón la cena.

(Sigelinda cuelga las armas en el tronco del árbol y coloca sobre la mesa algunos manjares y bebidas que ha sacado de la despensa).

HUNDING (observa detenidamente y admirado las facciones de Segismundo, las compara con las de su mujer, y dice hablando consigo mismo).—¡Cómo se parecen! ¡el mismo fulgor en su mirada! (Oculta su admiración y se dirige á Segismundo.) ¿Vienes de muy lejos? ¿Ibas á caballo? ¿Qué malos caminos son, los que tanto te han cansado?

SEGISMUNDO.—La tempestad y mi dura suerte hicieron que me lanzase á través de bosques y praderas: no conozco el camino que crucé é ignoro á dónde me llevaron mis pasos: esto quisiera saber.

HUNDING (sentado á la mesa y ofreciendo un sitio á Segismundo).—La casa que te presta refugio y el techo que te cubre pertenecen á Hunding; si desde aquí te diriges hacia el oeste, encontrarás gente que lo enaltecen. Si ahora me dices tu nombre, me honrarás con ello.

(Segismundo, que se ha sentado á la mesa, mira pensativo delante de sí. Sigelinda, sentada junto á Hunding y enfrente de Segismundo, le contempla con vivo interés).

HUNDING (observando á los dos).—Si temes confiarme á mí tu nombre, díselo á esta mujer. ¿No ves con qué interés te lo pregunta su mirada?

SIGELINDA (con franqueza é interés).—Huésped, mucho me complacería saber tu nombre.

SEGISMUNDO (levanta su mirada, la fija en Sigelinda y dice con seriedad).—No puedo llamar-

me Friedmund; Frohwalt me gustaría ser: pero tengo que llamarme Wehwalt (1). Lobo fué mi padre; juntos vinimos al mundo mi hermana y yo. Muy pronto me quedé sin madre y sin hermana; apenas las he conocido. Valiente y fuerte era mi padre y tenía muchos enemigos; con él iba yo á la caza, muy á menudo, hasta que un día, al regresar de una muy grande y esforzada, encontramos vacía la cueva de los lobos, reducido á cenizas el suntuoso salón, y carbonizado el tronco de la robusta encina; muerto estaba, tendido en el suelo el cuerpo gentil de mi madre; entre las cenizas ardientes no se encontró el menor vestigio de mi hermana: el destino fatal nos entregó á la furia de nuestros enemigos. Desterrado huyó conmigo mi padre; largos años vivió con el lobo su tierno cachorro, y aunque mucho nos persiguieron, con valor supimos defender nuestras vidas. (Dirigiéndose á Hunding.) Un descendiente de lobos te habla, Hunding; muy conocido soy ya como tal.

HUNDING.—Terribles y extraordinarios acontecimientos nos cuentas. Me parece haber oído obscura leyenda, de este par de lobos, aunque no conocía ni al padre ni al cachorro.

SIGELINDA. — Prosigue: ¿dónde está ahora tu padre?

SEGISMUNDO.—Los enemigos nos persiguieron con furor, muchos de ellos cayeron á nuestras manos; al fin nos separaron, y una vez alejado de mi padre no le vi más. Sólo encontré en el bosque un pellejo de lobo, que ya no le cubría; ¡no le vi más! Dejé de amar el bosque desde entonces. Y quise salir de él y entrar en el mundo, pero siempre me acompañó la desgracia; si procuré atraerme un

(1) *Friedmund* significa literalmente: boca de la paz; *Frohwalt*: dominador de la alegría; *Wehwalt*: dominador del dolor; *Wolf*: lobo; *Siegmund*: boca de la victoria.

amigo, si solicité una mujer, siempre, siempre fui desechado. Si algo bueno aconsejaba, sabíale á otro mal; lo que á mí detestable, á todos parecía bien. Desafiado donde quiera, perseguido de la ira, hallando mi desventura donde busqué el amor, ¡cómo no llamarme á mí mimo Wehwalt, si sólo el dolor y la desdicha son mis dominios?

HUNDING.—No te amaría la Parca cuando te destinó tan mala suerte: no puede saludarte con alegría el hombre de quien eres huésped.

SIGELINDA.—¡Sólo los cobardes temen al que camina solo y sin armas! Cuéntanos aun, cómo perdiste en el combate las tuyas.

SEGISMUNDO (animándose más cada vez).—Pidióme amparo una niña, á quien un pariente quería casar con un hombre que no amaba, y partí para protegerla y librarla de aquella opresión: cayó el enemigo á mis pies, muertos yacían los hermanos, y la niña abrazaba sus cadáveres bañándolos en un mar de lágrimas de desesperación; la pena dominaba al furor. En esto los enemigos se nos echaron encima con ímpetu violento y sedientos de venganza nos sitiaron, pero la niña no se movió de allí y largo tiempo la protegí con mi escudo y con mi lanza, hasta que me destrozaron lanza y escudo. Estaba desarmado, moribunda la doncella: á mí me perseguía enfurecido el ejército... muerta yació á mis pies. (Con una mirada de doloroso entusiasmo á Sigelinda.) ¡Ahora ya sabes, mujer, por qué no me llamo Friedmund!

(Se levanta y se va hacia el hogar. Sigelinda mira al suelo pálida y conmovida).

HUNDING (muy sombrío).—Conozco una raza salvaje, para quien no hay nada sagrado; todos y yo particularmente la odiamos. Fui llamado para vengar la sangre de mis parientes; llegué tarde y volví para encontrar en mi propia casa al fugitivo criminal. Hoy, te protege mi hogar; para esta noche, te admití como huésped: pero defiéndete

mañana con fuertes armas, porque es el día que elijo para el combate: me pagarás la deuda de los muertos. (Dirigiéndose á Sigelinda que llena de angustia se coloca entre los dos.) Sal; dispón mi bebida y aguárdame.

(Sigelinda toma pensativa un cuerno de la mesa, saca de un armario algunas raíces y se dirige al cuarto del lado: se para en el último escalón y contempla á Segismundo, que reprimiendo su cólera sólo á ella mira. Permanecen así breve instante y al fin Sigelinda le señala un punto en el tronco del fresno. Hunding, que ha notado que se ha detenido, la hace salir con imperativo gesto, á cuya señal, obedeciendo ella, desaparece por la puerta con el cuerno y el candil).

HUNDING (descolgando sus armas del árbol).—Con armas se defiende el hombre. Mañana te encontraré; ya me has oído. ¡Guay de ti!

(Entra con las armas en el cuarto).

SEGISMUNDO (solo).—Ha cerrado la noche; y sólo alumbra el cuarto el tenue resplandor del fuego del hogar. (Segismundo se tiende cerca de él sumido por largo tiempo en honda meditación.) Mi padre me dijo que en mi mayor peligro encontraría una espada. Casi desarmado en poder de mi enemigo, ahora soy prenda de su venganza. He visto una mujer augusta y hermosa, cuyo dulce encanto me atrae y que se encuentra en poder del hombre que me provoca á mí, indefenso. ¡Welsa! ¡Welsa! ¿Dónde está tu espada, la que esgrimiste en las batallas? (Se apaga el fuego del hogar; de él se escapa una chispa reluciente que va á parar al punto del fresno que ha indicado la mirada de Sigelinda y en el cual ahora se distingue claramente el puño de una espada.) ¿Qué es lo que brilla al resplandor de la llama que se extingue? ¿Qué rayo de luz sale del tronco de aquel fresno? ¡cómo me alegra el corazón! ¿Será la mirada de aquella seductora mujer, que, al irse, dejó olvidada allí? (El fuego del hogar se extingue len-

tamente.) La obscuridad de la noche cubría mis ojos, y el fuego de los suyos rozando mis párpados, me dió calor y luz. Ciñóme aquél sol la frente con su deliciosa aureola hasta que se puso detrás de los montes. Mas por despedida me volvió á alumbrar y al mismo tronco del viejo fresno no negó su favor: se apaga la luz, ya vuelve la noche á cubrir la mirada: sólo en el fondo de mi pecho arde aún un calor que no aľumbra.

(El fuego se ha apagado del todo; obscuridad completa.

Se abre lentamente la puerta del aposento contiguo: sale Sigelinda con un traje blanco y se dirige á Segismundo).

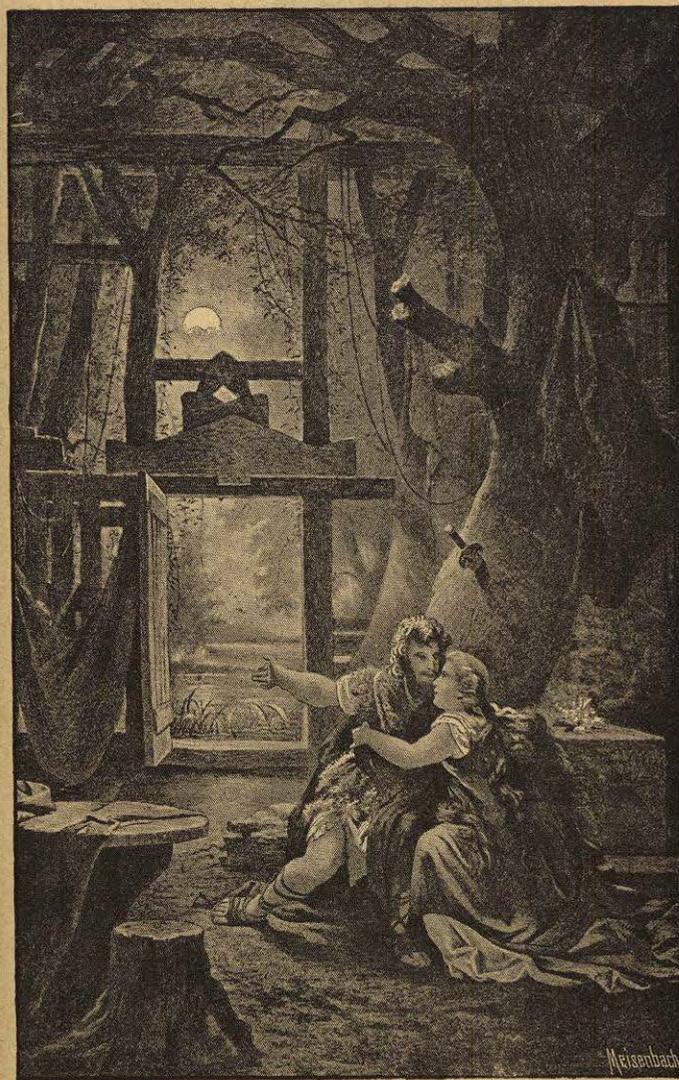
SIGELINDA.—¿Duermes, huésped?

SEGISMUNDO (se levanta de golpe agradablemente sorprendido).—¿Quién se acerca?

SIGELINDA (rápidamente y con mucho misterio).— Soy yo: ¡escúchame! Hunding yace en profundo sueño; yo le preparé adormecedora bebida; aprovecha esta noche!

SEGISMUNDO (interrumpiéndola).—¡Qué bien me hace el que estás cerca de mí!

SIGELINDA.—Voy á enseñarte una espada; serás el más augusto entre todos los héroes si la ganas; fué destinada al más fuerte. Oye bien lo que voy á contarte. Aquí se reunieron todos los guerreros convidados por Hunding á la boda: casó con una mujer que gente criminal, sin consultarla, le dieron por esposa. Triste estaba yo mientras los demás bebían: en esto entró un forastero, era un anciano en traje gris; inclinábasele el sombrero á un lado tapándole un ojo; pero el brillo del otro á todos infundió temor; sólo á mí me animó y dió consuelo aunque me arrancó algunas lágrimas. Dirigía su mirada á mí y á ellos al blandir en la mano una espada que hundió en el tronco del fresno; hasta el puño la metió: dijo que el acero pertenecía á aquel que del fresno lo arrancase; entraron y salieron los convidados, los más fuertes



tiraron de ella, pero la espada no cedió un ápice; allí está clavada todavía. Entonces supe quién fué el que me saludó en medio de mi dolor, y á quién destinó la espada. ¡Oh si le encontrase hoy! ¡si viniese á mí desde lejanas tierras! por todo lo que he sufrido en crudo dolor, por lo que siempre me ha dolido en medio de mi desgracia ¡qué grata me parecería la venganza si alcanzase por fin lo que tanto he deseado y tanto he llorado! ¡Oh! ¡si pudiese encontrarle, le estrecharía entre mis brazos!

SEGISMUNDO (la abraza entusiasmado).—A ti te abraza ahora, mujer sublime, quien está destinado á poseer la mujer y la espada. En mi pecho arde una llama que ha de unirme á ti. Encuentro en ti lo que siempre busqué y tanto deseé; tú padeciste el oprobio, yo sufrí la pena; tú fuiste deshonrada, yo desterrado. Me sonrío la venganza, teniéndote á ti entre mis brazos, junto á mi palpitante corazón!

SIGELINDA (asustada; se desprende de sus brazos).—¡Ah! ¿quién entró? ¿quién se ha ido? (De pronto se abre la puerta; se ve una hermosísima noche de primavera; la luna, con su clara luz, los alumbraba á ambos).

SEGISMUNDO.—Nadie se ha ido, pero alguien entró. ¿No ves cómo sonrío la primavera? (La atrae con suavidad hacia su lecho.) Venció las tempestades del invierno; en el bosque y en los prados se mece su templado ambiente, á todos sonríen sus ojos abiertos, su armonioso canto es el dulce trinar de los alegres pajarillos; respira exhalando agradables perfumes y de su sangre brotan hermosísimas flores. Con delicadísimas armas adornada, subyuga al mundo. De ella huyen el invierno y las borrascas. Así, bien debía al esforzado y valiente guerrero rendirse la puerta que de ella nos separaba. A su hermana quería acercarse; el amor, que ahora se alegra á la luz de